

rosas aves rapaces que obedecen de manera singular a su dueño, arte al que denominan cetrería. Los nobles gustan mucho de ésta, o bien cazando a caballo y armados con arcabuces dan buena cuenta de ciervos, venados, jabalíes u osos. La plebe, que para eso es plebe, deberá contentarse con piezas menores, que aún así posiblemente le ayuden a aliviar los estómagos, como conejos, palomas o perdices.

## El juego de toros

Pero muy mal conversador de las costumbres sería yo si no le diese una buena explicación de la más espectacular de las fiestas españolas, celebrada en todas las ciudades importantes pero que es sin duda aquí, en la villa de Madrid, donde alcanza su plenitud. Los toros, el más grande espectáculo del mundo, reúne sin esfuerzo a cincuenta miles de almas en la Plaza Mayor, engalanada para la ocasión y repleta de gente de altura y calidad, que los grandes de España, embajadores y hasta la familia Real no se perderán un festejo si no es por causa realmente muy mayor.

Comienza ya el espectáculo con el traslado y marcado de las reses, circunstancia que ya está llena de peligro y causa no pocas desgracias. Y es que ponerle una cinta en la cornamenta al toro no es tarea más que para muy valientes. Se prepara la Plaza Mayor cubriéndola de arena y, tras la llegada del Rey, este ordena que la apionen y la rieguen y, tras la señal de clarines, pífanos o trompetas, comienza la lidia.

Son en general los lidiadores caballeros que gustan de agradar a las damas, gente notable e incluso real, que armados con sus armas de lidia, salen a caballo para deleitar al público con el arte supremo de la lidia, que es el rejoneo. Consiste en atacar a caballo con un rejón y clavárselo al cornúpeto en la nuca, en variadas ocasiones, hasta matarlo. En ocasio-

nes se siente el caballero ofendido por el toro, ya sea porque éste hiera a su caballo, lo derribe o le quite la capa. Pasa entonces la cuestión a ofensa personal y el caballero debe arrinconar al toro junto a otros caballeros, sin sacar el arma hasta que el astado ataque. Si el toro huye, el caballero queda satisfecho. Si no, deberá matarlo con sus propias manos, ayudado eso sí, de muy útiles armas.

También se acostumbra a desjarretar el toro, cortándole los tendones de las patas, momento en que se produce la avalancha de la gente, que aprovecha la invalidez del toro para atacarlo hasta su muerte. Mas un toro acuchillado no está muerto desde el principio y más de uno y más de dos de los que se acercan acaban por experimentar el agudo dolor de un cuerno entrando en la carne, que sin duda duele más que los cuernos de la cabeza... Y otras suertes indianas son la de montar a los toros para torear a otro o los toros acuáticos o pasados por fuego. Mas sería raro que los viera usted, de infrecuentes que son.

Como le decía, suele ser causa principal de la actuación del caballero que haya alguna dama a la que quiera agradar, de ahí que se vean a menudo, si tiene usted la dicha de presenciar una de estas corridas de toros, demostraciones de valor rozando la insensatez. Que me parece bien ser valiente y caballero, pero mejor que nada vivo. Pero claro, si son las propias damas quienes solicitan las valentías, no es de extrañar que los toreros paseen por la arena sin si quiera prestar atención al toro. Por lo que no asombra que haya incidentes constantes y puedan morir dos o tres cientos de personas cada año. No es por fortuna el caso del muy admirado Conde de Cantillana, artista donde los haya. Ni el de nuestro buen Rey, que tan aficionado como es a todo lo que huelva a fiesta, goza de cuando en cuando de tomar un



arcabuz y poner fin a la vida de un toro, participando así de la fiesta.

No siempre se trata desde luego de corridas extraordinarias organizadas por la Casa Real. En ocasiones se organizan por el concejo, con motivo de las fiestas de San Isidro, de San Juan o de Santa Ana y actúan en ellas toreros de oficio, ya sean de banda, que han acordado el pago previo, o ventureros, que cobran según el éxito que tengan, se lanzan a probar suerte y normalmente acaban encontrándola. La mala suerte, claro.

Como puede imaginarse, todo el mundo, desde el más bajo al más alto, quiere asistir a los toros y no todos pueden hacerlo por invitación ni por derecho, lo que les obliga a entrar a la fuerza, con dinero o a cuchilladas. Ni siquiera los propietarios de los balcones que dan a la Plaza Mayor pueden verlo, pues ceden muy a su pesar estos balcones a gente con derecho. Las localidades se reparten por pura jerarquía. El Rey, con su familia, en la casa Panadería. También verá la Plaza Mayor llena de altos cargos de nuestra querida

Iglesia, aunque censure esta fiesta, que sus representantes gustan demasiado de la sangre como para perdérsela. Y en los estrados y hasta en los tejados, apelotonados, el pueblo que de una u otra manera haya conseguido una entrada. Y es que es una ocasión fantástica para agasajar a una dama, a las que los caballeros les costearán los gastos e invitarán a ricas meriendas, lo que ellas aprovecharán con su gracia de siempre. Imagínese que enganchen romería con toros... Y es que este festejo de los toros, a unos les cuesta la vida y a otros les cuesta la hacienda...

## Los naipes

Mas son estos juegos y deportes para practicar de tarde en tarde y la verdad es que se aburre uno todos los días. Y nada mejor para espantar los moscones del aburrimiento que unos dados, la taba, o unos buenos naipes con los que pasar un rato con alguno de los cientos de juegos que se practican, llámense quínolas, parar, carteta o andaboba, capadillo, béciga o el muy famoso del hombre o